



“La juventud maravillosa”: ecos del pasado y disputas de sentido.

Vila, Mariana Paola (IdIHCS- CISH- FaHCE- UNLP) ¹

vila_marianapaola@yahoo.com.ar

La Plata, Buenos Aires.

Resumen

A partir de la asunción de Kirchner en el 2003 y hasta la actualidad, se reforzó la estrategia política tendiente a recuperar los vínculos con los sectores populares que hasta entonces se encontraban movilizados en medio de una fuerte recesión económica y una crisis de legitimidad política que visibilizaba a un sistema político incapaz de garantizar los controles mínimos del funcionamiento democrático y que se expresó masivamente en los estallidos del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Desde entonces, uno de los aspectos más significativos subyace en la eminente capacidad del gobierno para interpelar memorias discursivas del pasado reciente y reconstruirlas en torno a una constelación de sentidos que, bajo la intención de procurar una lectura oficial de los últimos años en el país, subraya la centralidad histórica del viejo peronismo y el papel de la militancia juvenil peronista de los años setenta, conquistando con ella un amplio consenso social. Esta estrategia política constituye, sin duda, un acontecimiento político trascendente, en la medida en que no sólo permite observar algunas de las dimensiones involucradas en la legitimidad alcanzada, sino que además pone de relieve la necesidad de construir herramientas conceptuales útiles para el análisis de fenómenos políticos que atrapan temporalidades más extensas y envuelven complejas tramas de sentidos, que se despliegan en lo social e inscriben en la batalla por hegemonizar las interpretaciones históricas.

A razón de esto último, en la presente ponencia se buscará avanzar en la reconstrucción de ciertos procesos sociales y políticos donde se evidencia la disputa sobre el significante “*juventud militante*” y postular ciertas bases teóricas-epistemológicas que permitan trascender las miradas esquemáticas y homogenizantes que se han venido desarrollando en la producción de algunos estudios clásicos sobre juventud y política.

Palabras claves: juventud, militancia y memoria.

El curso de la vida. Lo juvenil como construcción social

La preocupación por las edades y en especial lo juvenil, ha estado extensamente abordada dentro del

¹ VILA, MARIANA PAOLA. Licenciada en Sociología, estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria Tipo A UNLP del Centro de Investigaciones Socio-históricas (CISH) perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, (UNLP-CONICET).



campo de las ciencias sociales por una amplia gama de perspectivas. Desde el siglo XX hasta el presente, el lazo entre el mundo juvenil y el acontecer histórico, ha sido narrado con variadas metáforas² (Machado País, 2003; Pérez Islas, Valdez González y Suárez Zozaya, 2008).

Desde hace unos años, sin embargo, una cantidad abundante de trabajos han venido enriquecido notablemente el abordaje del mundo juvenil incorporando nuevas aristas (aspectos simbólicos, culturales, históricos, de clase, de género, entre otros) y mostrando las más significativas limitaciones derivadas del uso de criterios puramente etarios o biológicos. En la actualidad, ciertamente, se han venido complejizando los elementos que intervienen en noción de lo juvenil, permitiendo así reponer las heterogéneas formas de ser joven que se presentan en lo social, (Vommaro, 2011: 3).

Ahora bien, pese a este avance teórico significativo, el vínculo entre juventud y política ha venido resistiendo la problematización conceptual y se ha quedado anclado en una visión más restringida y tradicional referida a la idea de *“generación política”*, es decir como grupo de edad homogéneo que comparte un tiempo histórico y un espíritu de época y en razón de lo cual enlazan valores, creencias, vivencias y sentidos comunes (Chaves, 2009: 11-12).

Esa perspectiva generacional más tradicional, ha suscitado un conjunto de cuestionamientos no menores para las investigaciones que abordan el mundo juvenil. Básicamente, una de cuestiones centrales, sobre las que se dirigen las críticas, radica en que al pensar el acontecer histórico como un tiempo que marca el espíritu de época, las prácticas y sentidos comunes de los grupos etarios, quedan ocultas las diferentes formas de experimentar una determinada etapa de la vida (juventud) que pueden presentarse en mismo momento histórico. Se le objeta la homogeneización del mundo juvenil y su tendencia a relegar la mirada sobre los procesos sociales mediante los cuales una *generación* consigue configurarse y ser vista como tal frente al resto de los grupos sociales (Chaves, 2010 y 2011; Margulis y Urresti, 1998; Feixa, 1998).

Esas críticas se apoyan en un fuerte cuestionamiento a dos corrientes de pensamiento que nutrieron conceptualmente la teoría de las generaciones, esto es; el positivismo *-principalmente francés-* y el historicismo romántico *-alemán-*. En este sentido, podría decirse que el ataque a la noción de generación es más bien un resguardo ante las influencias notorias que dichas corrientes han dejado, incluso, en investigaciones posteriores (Criado, 1998).

Una de las marcas positivistas, con huella hasta el presente, ha sido su concepción cuantitativa y rectilínea del tiempo, la cual estuvo fuertemente impregnada de la idea de progreso evolutivo dominante en Europa durante el período de la Ilustración. Para esta corriente de pensamiento, la meta era comprender el progreso del género humano partiendo del sustrato vital, y para ello las etapas la vida eran reducidas a datos cuantitativos y vistas desde un marco esquemático y simplificado que las secuenciaba en intervalos perfectamente diferenciables y asequibles a partir de

² Tal como sostiene Criado (1998), la juventud ha sido y sigue siendo presentada como actante de distintos relatos de sociedad: *“Precursores de una sociedad hedonista e individualista o constructores de una sociedad solidaria; signos visibles de la decadencia occidental o promesa de una futura justicia...”* (Criado, 1998:1).



cortes etarios arbitrarios con comportamientos sociales estereotipados, (Manneheim, 1993:195-196). Entre la producción de estudios juveniles, aún predomina la tendencia a concebir la edad como una variable estadística central para construir el universo de los/as jóvenes y, con ello, adjudicarles estereotipos que se asocian a diferentes estadios de la vida, sin problematizar en las dinámicas sociales que les confieren posiciones sociales determinadas ni en la heterogeneidad que puede presentarse al interior de un corte etario.

En efecto, algunas investigaciones continúan agrupando bajo el rótulo de “jóvenes” a sujetos sociales, comportamientos y situaciones que muchas veces sólo tienen en común la edad, siendo ello parte de una ilusión sustancialista que busca encontrar tras la identidad del nombre la identidad de una propiedad, (Criado, 1998: 2).

El pensamiento del historicista-romántico, por su parte, también ha dejado su impronta en trabajos actuales, sólo que en esta corriente el punto de partida es otro: se explora la dimensión cualitativa del tiempo. Para esta visión, los individuos que crecen como contemporáneos se sitúan bajo las mismas influencias de la cultura y de la situación política y social y, estas influencias similares dan lugar a las generaciones, (Manneheim, 1993: 199-200).

En este último enfoque, el fenómeno de las generaciones toma un sentido más profundo que en la sucesión cronológica propuesta por el positivismo, en tanto que se considera el aspecto vivencial de experiencia temporal. Aquí, se produce un vuelco importante en la medida en que se pasa de considerar el simple dato cronológico -la edad como tiempo de vida- a la temporalidad interior. A partir de ello, se consigue reflexionar sobre cada momento histórico como un ámbito temporal con una diversidad de pliegues y se recuperan las voces de las generaciones particulares.

Sin embargo, en este avance nace un nuevo problema referido a que no todas las personas que comparten un tiempo cronológico, bajo lo que comúnmente suele decirse un “espíritu de época”, viven un tiempo interior idéntico. Ello oculta que entre la “*esfera natural y la espiritual*” existen fuerzas sociales formativas. En cierta forma, al presentar el acontecer de un tiempo como un factor constante que moldea por igual a los sujetos que participan en una época y exhibir a las generaciones como resultado de una filiación casi automática, se le resta riqueza al análisis de la trama sociopolítica que la ha hecho posible, (Manneheim, 1993: 202-2003).

Ahora bien, más allá de estas réplicas, es meritorio aclarar que en ningún caso se niega la posibilidad de estudio en términos de *generación política*, más bien las sugerencias apuntan a no perder de vista los contextos históricos concretos que permiten el surgimiento de grupos conectados por una unidad generacional, donde se produce el reconocimiento de las posiciones sociales que ocupan y de sus proyectos colectivos, los cuales (antes que la edad) les confieren una perspectiva de mundo, prácticas y vivencias aglutinantes, (Manneheim, 1993: 223).

Por lo expuesto anteriormente, en el cuerpo de este artículo nos proponemos abordar una cuestión preliminar a la mirada tradicional del fenómeno, introduciéndonos en una reflexión que busca analizar la dimensión de la juventud militante como un elemento de sentido en disputa en la arena política



contemporánea, dando cuenta del carácter indeterminado y abierto de lo social. Principalmente, interesa indagar sobre el signifiante en pugna recuperando una perspectiva que rescata la polirítmia de los fenómenos sociales y que reconoce la compleja trama de temporalidades (circulares, lineales, paralelos, abiertos, repetitivos, entre otros) y de ritmos (inerciales y transformadores, lentos y rápidos, etc.) que se conjugan en una realidad concreta, (Valencia, 2009:107).

Siguiendo esta orientación, el itinerario de esta presentación emprende, primero, una reflexión sobre el abordaje de la temporalidad en el conocimiento social, con el propósito de postular ciertas bases teóricas-epistemológicas que se consideran útiles para pensar los fenómenos sociales contemporáneos. Luego, propone avanzar en la reconstrucción de algunos procesos políticos donde se evidencia la disputa sobre “la juventud militante”, a fin de presentar el plexo de sentidos emergentes frente a este signifiante en pugna. Y, por último, ofrece algunos comentarios finales a modo de cierre sobre los aspectos más significativos que se han desarrollado a lo largo de este trabajo.

El curso histórico. La temporalidad de lo social

La observación de la realidad social en las investigaciones sociales arrastra la tendencia referida a pensar la historicidad sólo en torno a los ejes pasado-presente, refiriéndose al tiempo actual como ese punto de llegada donde procesos anteriores han logrado solidificarse. Usualmente, se asiste a esta mirada cronológica y lineal del tiempo, donde el tránsito social se convierte en el flujo de secuencias concadenadas de pasados objetivados y la temporalidad de los fenómenos sociales queda relegada a una posición externa cuya única función es la de informar la ubicación de los objetos de conocimiento, sus parámetros espacio-temporales, (Valencia García, 2002: 42- 43).

Esta postura, si bien ha constituido uno de los enfoques más habituales en el conjunto de investigaciones sociales, conduce paradójicamente a la clausura temporal de los objetos de observación, en tanto excluye el carácter indeterminado y abierto de lo social y de su temporalidad.

Siguiendo un camino contrario, resulta evidente que el tránsito histórico no se detiene en un punto fijo, todas las historias acaecidas y las que se construyen mirando hacia el futuro se convierten a posterior, ineludiblemente, en otras viejas historias, integradas en una especie de movimiento permanente e indeterminado. De ello se desprende un aspecto eminente y básico referido a que la realidad social es siempre cambiante e inconclusa, es una compleja síntesis que supone un devenir continuo que conjuga al pasado y al futuro en el presente como posibilidad de construcción, (Zemelman, 1997)

Desde un plano horizontal, puede decirse, que todo proceso es irreversible en tanto que lo acaecido no puede des-acontecer, pero situados en un plano vertical más profundo debe asumirse que el presente no es sólo ese punto donde arriban acontecimientos de larga data, sino más bien ese tiempo que admite lugar para incorporación de memorias pasadas y de futuros imaginados. En cierta forma, es preciso recuperar el presente como ese tiempo que guarda lugar para el arrastre de aspectos



acumulativos, latentes y objetivados del pasado, así como también para su reconstrucción y actualización, sin por ello perder su carácter transitivo del porvenir, (Emma León Vega, 1997: 67).

Lo anterior señala que la realidad social se encuentra atravesada por una multiplicidad temporal donde, además de la posibilidad de cierta linealidad cronológica, existen futuros imaginados en el presente y viejos sedimentos que, aun creyéndoselos enterrados como parte del pasado, pueden resurgir o reactivarse en la actualidad con antiguos o renovados significados en la trama social, (Valencia García, 2002: 49).

La historia se configura al modo de una constelación de múltiples ritmos, como conjuntos polirítmicos, bajo la exigencia de apertura hacia lo inacabado. En ella, la realidad social se comporta como una articulación dinámica y abierta (acerca de lo dado y lo dándose) en la coexisten diversos planos espaciales- temporales, que configuran una múltiple temporalidad a través de la conjunción entre el pasado y el futuro en el presente, (Zemelman, 1997).

Esta multiplicidad temporal que constituye lo social, puede ser entendida metafóricamente como una red en la cual transcurren varios tiempos a la vez y diversas manifestaciones, donde cada fenómeno social expresa características temporales propias, (Valencia García, 2009: 109).

Básicamente, en una realidad concreta pueden conjugarse variadas temporalidades -es decir, procesos de largo y corto aliento, circulares, lineales, paralelos, bifurcadas, irreversibles, abiertos, continuos, discontinuos, repetitivos, inéditos- y ritmos -como los inerciales, transformadores, lento, rápidos, circulares, lineales-, que incluso adquieren mayor complejidad cuando se considera la diversidad de los usos y los discursos sociales que se surgen en un determinado momento para cada sociedad, (Valencia García, 2009: 107-108).

En el terreno de los movimientos temporales, la diversidad de usos y discursos sociales sobre el tiempo pone en evidencia que los propios acontecimientos históricos jamás son neutrales ni están fuera de la producción subjetiva que elaboran los sujetos sociales en un determinado momento. Más bien, nos muestran lo contrario: que las experiencias históricas están atravesadas por su dimensión simbólica y lógicas de poder.

Los hechos históricos se representan, se narran y se escriben creando relatos que participan, junto a otros discursos sociales, en el conflicto de las interpretaciones y la lucha de sentido por hegemonizar la historia pretérita creando efectos políticos en el presente. Los acontecimientos no son objetivos, se construyen simbólicamente en procesos de interpretación y dotación de sentido. La articulación de estos sucesos da lugar a la configuración de diferentes relatos que se despliegan en lo social. Sin embargo, no todos consiguen fijar una visión sobre los procesos históricos, la dominancia de cierta lectura obedece a las lógicas de poder y muestra que en el campo histórico la memoria colectiva es siempre un terreno de disputa, un espacio no ingenuo ni neutral, (Forster, 2002: 16).

Atendiendo a esta cuestiones, el tratamiento de los fenómenos sociales debe, entonces, recuperar tanto las múltiples temporalidades como la subjetividad de los sujetos sociales en torno al tiempo, entendiendo que es precisamente allí -en el campo de sus experiencias y acciones- donde se



(re)construyen y elaboran las profundas conexiones entre pasado, presente y futuro, donde se tejen las tramas más subterráneas de los procesos sociohistóricos, (Kosellek, 2001: 40 - 41).

Parados desde esta perspectiva, uno de los aspectos primordiales supone reconocer que sujeto social no es algo acabado, que su modo de configurarse en un momento dado refiere siempre al desarrollo anterior y posterior de sus realidades, de las cuales ese momento es solamente un punto de concreción o condensación. Precisamente por eso, los sujetos sociales y el campo de su subjetividad social resultan dos piezas centrales, dado que es en ellos donde radica toda la riqueza de las percepciones temporales: sus memorias y olvidos, sus esperanzas y proyectos.

Esto último nos permite, además, referir al el orden social como un campo de acciones donde se abren espacios de subjetividad constituyente y formación de sujetos sociales con “opción de construcción social” o capacidad para construir proyectos que no están estrictamente estipulados de antemano por leyes históricas inexorables o rumbos predeterminados³. Fundamentalmente, para esta postura, las prácticas sociales y los procesos de construcción de sentido están involucrados en un movimiento siempre inestable de mutua incidencia, en tanto los sentidos se derraman sobre el campo de las acciones que los sujetos sociales emprenden pero ellas pueden impactar sobre la subjetividad recreando las formas de significar (De la garza, 2001: 21)

De ello se desprende, también, el hecho de cada sociedad asume un tiempo e historia que le son propios y una diversidad de formas de conexiones entre pasados, presentes y futuros, elaboradas en base a las múltiples significaciones que los sujetos realizan sobre el mundo social que los circunda. Y que, estas formas de significar el tiempo histórico-social pueden admitir variadas construcciones de sentido, en tanto están estrechamente vinculadas con las configuraciones que se presentan en la subjetividad social.

En síntesis, acopiando estas profundas concepciones sobre la realidad social y su temporalidad se comprende que lo histórico y sus tiempos asociados -una coyuntura, un acontecimiento, un episodio- sólo cobren sentido en relación con los modos del tiempo, rescatando los variados vínculos que los hombres establecen entre “*los tiempos del tiempo*”, donde expresan su experiencia temporal y ponen en juego dispositivos simbólicos de la memoria y el olvido para construir configuraciones temporales de enorme riqueza y complejidad para campo de estudio de las ciencias sociales, (Valencia, 2002:47).

Dispositivos de memoria. “La juventud maravillosa”

A partir de la asunción de Kirchner en el 2003, hasta la actualidad, fue surgiendo una estrategia política tendiente a recuperar vínculos con los sectores populares que se venían movilizandando desde mediados de la década de los noventa y, con mayor fuerza, en los estallidos de diciembre 2001, (Svampa; 2005; Pérez, 2002). Desde entonces, y habiendo sido electo con sólo el 22% de los votos

³ “Si la realidad histórica deja de ser entendida como sometida a leyes inexorables, obliga a concebirla como una articulación entre historicidad, en tanto movimiento interno constitutivo de lo concreto, y subjetividad, en tanto capacidad de construcción desde lo potencial.”, (Zemelman, 1997: 27).



y tras un ballottage anulado, Néstor Kirchner consigue revertir el déficit de legitimidad desplegado en la sociedad, acuñando un gran consenso social (Retamozo y Muñoz, 2008: 129).

Este acelerado proceso de recuperación de legitimidad política, estuvo dado por la presencia de varios procesos los cuales, si bien siguieron su propio derrotero y tuvieron cada uno un alcance específico, combinados permitieron restituir rápidamente la gobernabilidad hasta entonces cuestionada. Entre ellos, puede mencionarse una paulatina recuperación económica en el país, la capacidad para incorporar un conjunto de demandas sociales históricas (desocupación, pobreza, salud, etc.) y su traducción en políticas públicas orientadas hacia la inclusión social (mediante la modificación de los planes sociales, programas de salud, la reforma del sistema jubilatorio, etc.), el establecimiento de medidas dirigidas dar señales de transparencia institucional y de respeto al juego democrático (como la renovación de la Corte Suprema, la revalorización de los derechos humanos y el apoyo a la persecución de los crímenes de la dictadura), así como también el rechazo al ALCA - *Área de Libre Comercio de las Américas*- y su reorientación al fortalecimiento del comercio regional, entre otros, (Etchemendy, 2002: 171-172).

La presencia de todos esos elementos permitió fortalecer al reciente mandatario y reforzar su gobierno, creando gestos políticos que lograron sortear la fuerte desconfianza del conjunto social hacia las instituciones y la clase política en general, la cual se encontraba presente poco antes de su llegada al poder. No obstante, uno de los aspectos más significativos de esta conquista política fue la capacidad del gobierno para interpelar memorias discursivas del pasado reciente y reconstruirlas bajo una constelación discursiva destinada a producir una lectura oficial sobre los últimos años de historia del país que logró una gran aceptación y difusión social, (Montero, 2011: 81)

La potencialidad del discurso kirchnerista se sostuvo sobre la base de un conjunto de operaciones discursivas suficientemente exitosas, las cuales no sólo fueron forjando paulatinamente un modo especial y singular de articular, tematizar y narrar algunos acontecimientos “selectos” de la historia reciente sino que, además, permitieron ir construyendo efectos de frontera con un pasado denostado y, a través de ello, presentarse a sí mismo como promesa de regeneración y cambio político (Dagatti, 2012: 5).

En el caso del gobierno, la producción discursiva sobre ese pasado demonizado abrigó un conjunto de interpelaciones que operaron creando puentes temporales entre dos momentos políticos significativos de la historia argentina esto es; la represión propiciada por la última dictadura militar y el modelo neoliberal difundido desde entonces. Ambos episodios del pasado, fueron presentados discursivamente como una unidad ininterrumpida en el tiempo y como una matriz ideológica con idénticos principios políticos y económicos repudiabiles, (Montero, 2011: 82-83).

“...Quería compartir la puesta en marcha de este parque industrial que tiene un símbolo profundo para dejar atrás esa vieja Argentina que hasta hace muy poco tiempo martirizó a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente de manera



fundamental en la última década del 90, pero que se inició en el marco de 1976 hasta la explosión del 2001.” (21/08/2003)

“El poder dictatorial pretendía así que el pueblo todo se rindiera a su arbitrariedad y su omnipotencia. Se buscaba una sociedad fraccionada, inmóvil, obediente, por eso trataron de quebrarla y vaciarla de todo aquello que la inquietaba (...) Sólo así podían imponer un proyecto político y económico que reemplazara al procesos de industrialización sustitutivo de importaciones por un nuevo modelo de valorización financiera y ajuste estructural (...) Lamentablemente, este modelo económico y social no termino con la dictadura, se derramó hacia fines de los años ´90, generando la situación más aguda que recuerde la historia argentina.” (24/03/2006)

Sobre esta tesitura, cargada de referencias discursivas destinadas al repudio de “esa vieja Argentina”, se fue abriendo un espacio para la renovación de lo social e inscribiendo al pueblo como un colectivo dañado por los males del pasado y al gobierno como ente potencialmente redentor, en suma se fue construyendo la promesa de futuro hacia nuevos horizontes bajo la forma de riesgo a la vuelta a ese pasado que previamente fue definido como nocivo, (Retamozo y Muñoz, 2008: 132-133).

“... No es necesario hacer un detallado repaso por nuestros males para saber que nuestro pasado está pleno de fracasos, dolor, enfrentamientos, energías mal gastadas en luchas estériles al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con los representados, al punto de enfrentar a los argentinos entre sí. En estas condiciones, debe quedarnos absolutamente claro que en la republica Argentina, para poder tener futuro y no repetir nuestro pasado, necesitamos enfrentar con plenitud el desafío de cambio.” (25/05/2003).

Asimismo, y acompañando esta constelación discursiva que volvía sobre el pasado reciente apuntalando los agravios sociales padecidos y permitía el trazado de límites con el campo de adversarios políticos -delinear *un ellos-*, se sostuvo otro espectro de interpelaciones que recuperaban la tradición política del peronismo histórico en términos de un tiempo añorado. Este conjunto de interpelaciones, fueron rearticuladas a la luz de la coyuntura presente, permitieron forjar la esperanza de un futuro venturoso y sirvieron de sustrato para la definición de un espacio-ideológico propio.

En este terreno, el gobierno reactivó los sentidos sedimentados del discurso nacional-popular, explotando al máximo ciertos usos retóricos y metafóricos y logrando hondos efectos de atracción en la subjetividad subalterna (Retamozo y Muñoz, 2008: 130).

“Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación. Vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos.” (25/05/2003)



“(…) veo los carteles de las distintas organizaciones y veo a los trabajadores argentinos con ganas y con fuerzas para empujar a la Argentina para adelante y sé que nuevamente, como en aquellos tiempos, los trabajadores argentinos van a ser el corazón vivo del crecimiento de la Patria.”
(22/12/2003)

“(…) vamos a estar solidariamente acompañándolos hasta que consigan trabajo, ese trabajo digno que les permita reconstruir sus familias y pensar como pensábamos en aquellos tiempos del General, cuando sabíamos que nuestros hijos iban a estar mejor que los padres. Esa es la sociedad que nosotros queremos.” (22/12/2003).

En el marco de estas referencias, el discurso kirchnerista atrapa al imaginario del peronismo histórico, referenciando a ese viejo “país industrial, de trabajo, de verdad y justicia social” como ideal a recuperar e inscribiendo su propio proyecto político bajo la promesa de restauración de “aquellos tiempos”.

No obstante, y pese a las extensas referencias nacional-populares que pueden encontrarse en las alocuciones presidenciales, la particularidad del discurso del gobierno, su especificidad político-ideológica, aquello que le permitió dotarse de elementos distintivos, estuvo dada por su impronta setentista y por inscripción en la memoria de la militancia juvenil peronista de los años setenta, la que por entonces sería **“la juventud maravillosa”**. Significativamente, se trata del primer discurso presidencial en la historia argentina que reivindica y se identifica explícitamente con la militancia juvenil peronista de los años setenta, esto último lo ubica en una situación distintiva, le da su carácter eminentemente político y singular (Montero, 2009: 318-319).

“Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada.” (25/05/2003)

“... [Aquellos militantes] pusieron todos sus ideales y soportaron las cosas más atroces por defender un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades.”(28/11/2003);

En paralelo con las anteriores estrategias discursivas, el gobierno se dirigió a preponderar relatos del pasado referidos a la última dictadura que hasta entonces formaban parte de las luchas y demandas provenientes de algunas agrupaciones de derechos humanos y movimientos de izquierda pero que hasta momento no constituían una mirada dominante ni ocupaban un lugar central en las agendas estatales. Esta reconquista de la militancia juvenil peronista setentista fue nutriendo al kirchnerismo



de singularidad política, dado que al mismo tiempo que iba instalando puntos argumentales e interpretativos, núcleos de sentidos y valoraciones sobre ese pasado, se producían operaciones de resignificación y rearticulación que conducían a delimitar *un nosotros*, que integraba en ese colectivo de identificación a su propia persona.

La discursiva kirchnerista reactivó antiguos sedimentos del pasado reciente sobre la militancia juvenil peronista de los años setenta, acudiendo a referencias históricas puntuales, rescatando un conjunto de cualidades y rasgos míticos atribuidos a esa “*generación política*” y lo fue rearticulando a su figura como parte de su proyecto político íntimo-personal.

“Hoy estamos compartiendo la conducción de una nueva Argentina con una generación en la que muchos ya no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde.”(04/02/2004).

Esta matriz discursiva incorporó el imaginario militante setentista evocando a un conjunto de imágenes estereotipadas y sentidos acción política difundidos por entonces, los cuales pueden resumirse en los siguientes aspectos: el valor de las utopías-sueños, del heroísmo, el compromiso, la lealtad, , el tamiz juvenil-transgresor- y la simpleza -la condición de hombres comunes-, (Montero, 2011: 129).

“...estoy cumpliendo con el mandato de mis compañeros, amigos y hermanos de misión, de idea y de lucha.” (23/05/2003);

“Esa generación de argentinos que trabajaba por una Patria Igualitaria, de inclusión, distinta.” (11/03/2004);

“... aquellos que tanto pusieron, a esta generación de hermanos y hermanas que fueron sacrificados” (16/12/2003);

“... pusieron sus idea, su espíritu, su corazón y su vida al servicio de un proyecto diferente de Argentina” (16/12/2003);

“Muchas noches de charlas y mates, muchos días de de militancia conjunta, (...) en que soñaban con una Argentina distinta.” (28/10/2004);

“Veo en vuestros ojos la misma esperanza, el mismo sueño que tuvimos nosotros cuando nos incorporamos pensando que este país podía cambiar.” (19/08/2005);



En suma, es en el marco de estas alocuciones que Kirchner fue consiguiendo perfilarse como un sujeto político dotado de valores y convicciones, atando a su persona el imaginario militante de los setenta, los valores y los “ideales” que orientaban la acción política de entonces. Desde allí, recuperó la figura mítica del héroe enraizado en la práctica política dominante en aquellos años, acudiendo a una serie de representaciones que daban cuenta de ciertos rasgos de subordinación de lo personal a lo político y ligando esos criterios a su propia imagen como personaje político. Y, sobre marco de estas interpelaciones, fue construyendo una constelación discursiva ideológica-personal que reactiva la épica de la militancia política juvenil de los años setenta e ingresa en la memoria del pasado reciente, atrayendo núcleos de sentidos que hasta el momento se encontraban en posiciones subalternas.

Reflexiones finales

Tal como hemos visto, la forma de tematizar la cuestión juvenil en las ciencias sociales mantiene el desafío de trascender las nociones pertenecientes a los enfoques clásicos del campo académico. En este sentido, se ha mencionado que la incidencia de las versiones más restringidas y arcaicas de la noción de “generación política” ha suscitado una serie de cuestionamientos fundamentales, en tanto que abriga la tendencia a ocultar las diferentes formas de experimentar una determinada etapa de la vida (juventud), a estandarizarlas y homogeneizarlas, relegando así la mirada sobre los procesos sociales mediante los cuales una generación consigue configurarse y ser vista como tal frente al resto de los grupos sociales. En ese marco, se señaló la importancia de recuperar contextos históricos concretos que permiten el surgimiento de grupos conectados por una unidad generacional y por proyectos colectivos.

A su vez, y asistiendo preocupación temporal de los fenómenos sociales, se recuperó una perspectiva epistemológica y teórica que avanza sobre nuevas formas de pensar el tiempo histórico, entendiendo la multiplicidad de trayectos y sentidos que conjugan las historias humanas, y poniendo de relieve el carácter indeterminado y abierto de lo social. En torno a estas ideas, se ha remarcado la centralidad de comprender la realidad social como una articulación dinámica y abierta (acerca de lo dado y lo dándose) en la que coexisten diversos planos espaciales-temporales, y la importancia de incorporar en su abordaje dos categorías medulares esto es; la de los sujetos sociales y la de la subjetividad social, dado que en ellas se (re)construyen y elaboran las profundas conexiones entre pasado, presente y futuro, es donde se tejen las tramas más subterráneas de los procesos sociohistóricos.

Finalmente, y en continuidad con lo expuesto, hemos analizado la dimensión de la juventud militante como un elemento de sentido en disputa en la arena política contemporánea. Esto último nos permitió observar cómo en el escenario político actual se fue configurando una matriz discursiva kirchnerista que recuperó la tradición política del peronismo histórico y la épica de la militancia política juvenil de



los años setenta, ingresando en la memoria del pasado reciente y atrayendo núcleos de sentidos que hasta entonces se encontraban en posiciones de subalternidad.

Bibliografía

- CHAVES, Mariana (2009) Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, n° 5, Buenos Aires, junio de 2009.
- _____ (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial. Pp.25-49.
- _____ (2011) *Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- CRIADO Martín (1998). *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- [DAGATTI](#), Mariano (2012). La “refundación” en el discurso kirchnerista. Rupturas y continuidades. Disponible en:
http://www.academia.edu/1473863/La_refundacion_en_el_discurso_kirchnerista._Rupturas_y_continuidades_capitalitas
- DE LA GARZA, Enrique (2001) “Subjetividad, cultura y estructura”. *Iztapalapa* Núm. 50, México.
- DUARTE, C. (2002). Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar. Última década, 16. Viña del Mar: CIPDA.
- ERIKSON, ERIK H. (1968). *Identidad: juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- ETCHEMENDY, Sebastián (2002). La gestión de Kirchner en la balanza. Logros y agenda pendiente para un gobierno progresista.
- FEIXA, Carles (1998). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Editorial Ariel S.A.
- FORSTER, Ricardo (2002). La memoria como campo de batalla. En *Revista Puentes* 8, Comisión Provincial por la Memoria.
- LEÓN, Emma y ZEMELMAN, Hugo (coords.) (1997) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos y CRIM, México.
- MACHADO PAIS, José (2003). *Cultura Juvenis*. Lisboa: Imprensa Nacional- casa da Moeda.



- MANNEHEIM, Karl (1993). "El problema de las generaciones". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas. REIS 62- Abril/Junio 1993*
- MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (1998). La construcción social de la condición de la juventud. En LAVERDE, María Cristina (coord.) *"Viviendo a Toda": Jóvenes, Territorios Culturales y Nuevas Sensibilidades*. Santafé de Bogotá: Siglo del hombre Editores, Departamento de investigaciones Universidad Central DIUC.
- MONTERO, Ana Soledad (2011). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- _____ (2009) "Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007)". En revista: *Discurso & Sociedad. Sep. 2009*.
- KOSELLEK, Reinhart (2001). *Los estratos del tiempo: Estudios sobre la historia*. Barcelona: Ediciones Paidós-Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- PÉREZ, Germán (2002) "Modelo para armar: complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente ", *Argumentos N° 1, IIGG-FCS-UBA, nov-2002*.
- PÉREZ ISLAS, José Antonio; VALDEZ GONZALEZ, Mónica y SUAREZ ZOZAYA, María Herlinda (2008). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- RETAMOZO, Martín y MUÑOZ, M. Antonia (2008) "Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de "pueblo" en la retórica de Néstor Kirchner". *Perfiles latinoamericanos ene-jun nro.031*. Facultad latinoamericana de Cs. Sociales, México.
- SVAMPA, Maristella (2005). *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- VALENCIA GARCÍA, Guadalupe (2009). Principios Epistémicos y metáforas fecundas. Propuesta para el análisis transdisciplinario del tiempo social.
- _____ (2002). "Pensar el tiempo desde las ciencias sociales" en *Cuadernos de Trabajo n ° 12*, Universidad Veracruzana, México.
- VOMMARO, Pablo y VÁZQUEZ, Melina (2008) "Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte". En *Revista Argentina de Sociología*. Año 6, N° 11. Noviembre-diciembre de 2008.
- VOMMARO, Pablo (2011) *"Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales"* En web: http://www.centroredes.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=293&Itemid=49